

LA INFANCIA EN LA LITERATURA Y EN LA HISTORIA. AGUSTÍN YÁÑEZ, CRONISTA DE LA NIÑEZ TAPATÍA

OSCAR REYES RUVALCABA / EURÍDICE MINERVA OCHOA VILLANUEVA / LAURA GUILLERMINA GÓMEZ SANTANA
Universidad Pedagógica Nacional

RESUMEN: El presente comunicado forma parte de un estudio sobre la historia de la niñez en México a inicios del siglo XX. Tiene como propósito dar a conocer la relevancia del uso de la literatura como recurso historiográfico. Parte de la tesis de que la literatura puede auxiliar a la historia en cuatro sentidos: como orientación heurística, como modelo de comunicación, como clave hermenéutica y como fuente histórica. Da a conocer la manera se aplican estos cuatro criterios en el estudio de la historia de la niñez a través de la obra de Agustín Yá-

ñez. Expresa como la recreación literaria sobre la vida cotidiana ayuda a comprender la manera como los niños se apropiaban de su entorno; permite imaginar las peripecias y el drama íntimo que los menores experimentaban; además, el recurso literario expresa como los menores adquirieron un rostro, una voz, y una sensibilidad individual.

PALABRAS CLAVE: Historia Cultural, Historia de la Infancia, Literatura e Historia, Recursos Historiográficos Alternativos y Agustín Yáñez.

Introducción

El presente texto tiene como antecedente un estudio más amplio sobre la niñez tapatía durante el Porfiriato (Reyes, 2009). En dicho estudio identificamos el imaginario que existía entorno a los menores en ese periodo, pero pronto descubrimos que el análisis adolecía de los actores principales, las y los niños. Nos preguntábamos ¿cómo captar la voz de los pequeños si justamente infante significa “el que no tiene voz”? Parecía una batalla perdida aún antes de iniciarla. Sin embargo, fue de gran ayuda toparnos con un hermoso texto de reminiscencias autobiográficas del escritor jalisciense Agustín Yáñez: *Flor de juegos antiguos*. De una manera poética el literato brindó pautas para emprender la tarea histórica. Por lo menos fueron cuatros las vetas que inspiró este memorable escritor, el uso de la literatura:

- Como orientación heurística;

- Como clave hermenéutica;
- Como fuente histórica;
- Cómo modelo de comunicación.

En los siguientes apartados atendemos cada uno de estos aspectos.

Como orientación heurística

Algunos textos de Agustín Yáñez sirvieron como detonante de cuestionamientos y elaboración de áreas temáticas relevantes en mi estudio histórico. Por ejemplo, el capítulo sobre el contexto histórico lo iniciamos con apoyo de documentos estadísticos, descripciones de viajeros, etc. La pregunta original era ¿cuál era el contexto de la ciudad tapatía en ese periodo? Sin embargo, algunas lecturas de Yáñez hicieron darnos cuenta de lo limitado del enfoque, y considerar el objeto de estudio desde una nueva perspectiva. El nuevo cuestionamiento fue: *¿Cómo miraban, vivían y se apropiaban de la ciudad los menores tapatíos de esa época?* Remito a la tesis (Reyes, 2009).

Son los aprendizajes recibidos en la cotidianidad infantil los que trastocan las relaciones con el medio natural en relaciones simbólicas. Así, el escritor tapatío en *Flor de juegos antiguos* recreaba la forma en que dos pequeños percibían del valle en que estaba asentada la ciudad, en el transcurso de un viaje en tranvía hacia el rumbo de la fábrica del Batán:

-Mira qué verde está el campo, tía –dice uno.

-Mira qué claro se ven las torres de Zapopan –dice otro.

-Mira cuánta gente hay en los Colomitos, de día de campo.

-Mira cómo relumbra el peñón del Mexicano, allá en la barranca. Hasta se divisan, del otro lado, las casas de Mascuala.

-Mira los cerros de Río Blanco; parecen de cobre.

-Mira qué bien se ven los árboles del cerro de la Higuera.

-Mira del otro lado tía, cuán bien se recortan en el cielo, azules, amaños, como juguetes, los cerros de Tequila, del Colli, del Cuatro.

Aturdimos a las gentes con nuestros alegres gritos.

-Tía, ¿aquellos serán los montes del Pedregal, donde robaron a mi tío Catarino cuando venía del Teúl?

-Tía, mira, aquél es el Batán y más allá la Experiencia.

-Tía, ¿cuándo nos llevas a un día de campo a la barranca de Arcediano?

-Oye, ¿cuándo venimos todo el día con tu comadre Jesusita, y de paso compramos chicharrones en Atemajac? (1958:110).

En esta narración es posible reconocer cómo en su diario devenir los menores iban haciendo suyo el entorno natural, llenándolo de historia y significación íntima. Así, los niños asociaban unos montes con el atraco recibido por un pariente, la barranca con un paseo familiar, ciertos lugares con los deleites gastronómicos, o determinados parajes les encontraban semejanzas con sus juegos y correrías. En fin, el territorio estaba vinculado a sucesos familiares y personales, y como tal cargado de simbolismo y de significados diversos. De esta manera los tapatíos establecían vínculos con el entorno citadino por medio de las romerías a la villa de Zapopan, a través de paseos a los Colomos o a la Barranca de Ibarra, por visitas a familiares y amigos a rancherías cercanas y por su estancia vacacional en los pueblos conurbanos. En todos estos eventos estaban presente los niños quienes incorporan nombres, historias y sucesos vinculados a estos lugares.

Cómo modelo de comunicación

Es decir, la expresión poética del autor tapatío sirvió de orientación estética para comunicar a los propios hallazgos. Los historiadores, apegados al documento histórico, solemos tener una escritura ríspida con la falsa ilusión de captar objetivamente los hechos del pasado, sin darnos cuenta de que la escritura es un medio de comunicación de situaciones humanas y que, por tanto, entre la intensidad expresiva de la literatura y la sobriedad expositiva de la historia debe de existir un puente, en el que el acontecer universal se condensa en la vivencia personal. Pues como señala pues como observa el historiador Antonio Rubial:

...una de las cualidades de este tipo de narración es su flexibilidad para dar gestos y pensamientos a las abstracciones, para mostrar la complejidad de la personalidad humana... Con ella se puede infundir vida, penetrar en los caracteres y en el mundo interior de los personajes, pintar con los tintes de lo cotidiano el espíritu de una época o de una sociedad (2000: 43).

A través de la personificación de eventos sociales, la narrativa de Yáñez constituyó un modelo de comunicación para presentar los propios hallazgos. Por ejemplo, el siguiente texto expresa la forma cómo los infantes padecían la disciplina escolar, pero también de qué manera detrás de la representación de una niñez estudiosa se encontraba otra, más libre y compleja, pese a los esfuerzos de los educadores por controlarla y uniformarla. Pues los menores debían cuidarse de que no los “agarraran con las manos en la masa”, porque algunos profesores eran expertos en aplicar los castigos más diversos y severos, como lo recordara Agustín Yáñez:

Es una fiera la señorita, endemoniada para eso de inventar castigos: en la pared, con las piernas medio dobladas; en mitad del patio; hincado al sol; o jalar los cabellos con el dedo muy repegado en la cabeza y subiéndolo poco a poco, recio; o varetazos en las corvas o en los brazos, con una varita de membrillo muy delgada y muy flexible; o reglazos en las palmas de las manos, que se hinchan y se amoratan (1958: 93).

Por medio de la vigilancia y la disciplina los profesores y directores pretendían controlar los incipientes bríos de los menores. Sin embargo, pese a las medidas preventivas los docentes no se salvaban de esta soterrada pero efectiva rebeldía infantil. Así, Agustín Yáñez recordaba que para salir de la escuela debía mantener el más completo silencio, para después formar rígidas filas y marchar militarmente rumbo a la calle, pero invariablemente este ritual sufría los tropiezos de los inquietos jovenzuelos:

Uno o dos ruidos. Ni tan uniformes. Rastreo de pies. Y en castigo, para que aprendan la disciplina:

-A sus lugares: uno, dos.

Quieras que no, otra vez el insufrible encajonamiento de pies sobre los pupitres. Y al cabo de un eterno minuto, con inalterable rigidez:

-A ver si ahora quieren salir. ¡De pie: uno, dos! Cubiertos. Señor López, ¡cubierto! Silencio ¿Ha oído usted, señor Hermosillo? ¿Hasta qué hora atiende usted?

Al fin, la orden de salida. Todavía en el patio:

-¡Firmes! Los señores que estén en la lista por no haber sabido la lección, un paso al frente... Los deudores, al salón de estudio. Los demás firmes: buenas tardes.

¡Buenas tardes!

-Flanco izquierdo: ¡izquierda! De frente: ¡avancen! Señor López, sepárese de la fila. Y es que el señor López –señor de once años- va metiendo zancadilla al compañero de adelante.

En la calle -¡gracias a Dios!-, los señores alumnos corren, gritan, se dicen apodos, algunos riñen (1985: 63-64).

Como fuente histórica

Debido a que algunos textos de la obra de Yáñez es rica descripciones del contexto de inicios del siglo XX, dichos textos se convirtieron en pistas documentales para la indagación histórica. La minuciosa y finas descripciones de Yáñez brindaron pautas para comprender quiénes eran estos jovencitos, en dónde se juntaban, qué hacían, cómo se comportaban (Reyes, 2009).

En la escuela los jovenzuelos dejaban cantos y rondas, para hacer corrillos donde aprendían algunas “canciones de trova”. Repasar en la intimidad algunos versos de amor teniendo en mente la mirada suspirante de alguna muchachita de céntrico colegio. Al salir por las mañanas de la escuela, los grandes de quinto y sexto ya no se iban corriendo a casa para ser recibidos por los brazos de mamá. Ahora se acicalaban y arreglaban sus ropas, y a grandes trancos tomaban rumbo hacia el “colegio de señoritas” más próximo a la escuela. Allí se les veía, mezclados con “los grandes” de los Liceos, ocupando las bancas del céntrico Jardín Núñez, o por allá cerca del Hospicio para ver pasar y piropear a las “niñas finas” del Sagrado Corazón. Yáñez describe el comportamiento de una de estas palomillas por el rumbo del templo de San Felipe:

Don juancillos que visten todavía a la rodilla, pero ya fuman y dicen malas palabras, se apostan en las esquinas, en las bancas del jardín inmediato, frente al templo. Ellas pasan junto a ellos y adoptan precoz seriedad. Luego, halagada su incipiente coquetería, corresponden miradas y –encendidas las mejillas- apresuran el paso. Ellos fanfarronean, se remilgan, tratan de esconder sus libros, de lucir calzado nuevo: el anillo que han tomado de mamá; la mascada que ganaron; la destreza en el fumar; engargolan la voz, se acicalan el cabello, frotan el calzado sobre la media (1997: 65).

Sin embargo, en estos primeros intentos de galanteo “los mozalbetes” de primaria tenían pocas posibilidades de conquista, pues debían que contender con “los jóvenes” –bigote en ciernes- de los Liceos, incluso con “los padrecitos” del Seminario. Pero eso sí, “en el

intento no quedaba”. En los días santos, el jardín Zaragoza enfrente de Seminario, era uno de los lugares predilectos donde los prematuros mozalbetes solían ir a probar suerte, pues allí iban a parar las “niñas bien” de Guadalajara según lo relatara Agustín Yáñez:

Allá van en parvadas llenas de gracia, a la hora en que salen de los colegios, todas las niñas de buenas familias, porque ha llegado la cuaresma y es tiempo de recordar el principio y el fin del hombre. Allá van las colegialas del Verbo Encarnado, con sus vestidos blancos y cinturón rojo; las teresianas, con sombrero y guarnición de color café; las del Sagrado Corazón; las de las adoratrices; las niñas de todas las escuelas particulares. Allá van parvadas llenas de gracia. Una campana colonial, aristocrática, va diciendo el sermón en la opulencia de la tarde (1985: 65).

Como clave hermenéutica

Algunas de las narraciones de Yáñez sobre el comportamiento de la niñez desde su imaginario literario nos otorgaron pistas para mi interpretación del vivir juvenil de la época. En los inicios de la investigación sobre la historia de la niñez la atención se centró sobre los pequeños de clase media, pues eran los sujetos predilectos de los discursos de la época. Sin embargo, por medio de la lectura del escritor tapatío nos dimos cuenta que existían otras infancias, por lo que nos brindó claves para mirar la niñez desde otra perspectiva y volver visible a otro tipo de menores, tanto de clases bajas como altas. En los siguientes párrafos, con base en Yáñez, damos cuenta de la diversidad de niños y niñas en el contexto de Guadalajara.

De la cotidiana congregación de gentes de estas vecindades y barriadas puede desprenderse que la forma de vida familiar no era propiamente privada sino comunitaria, consistía en una forma peculiar de relacionarse socialmente. La contigüidad de cuerpos, la falta de espacio para la intimidad, la exposición abierta a los semejantes, el contacto entre generaciones, debió promover en los niños una manera específica de entender la vida urbana. La socialización de las infancias en este “otro mundo” debió estrechar los lazos vecinales, pero igualmente debió propiciar sentimientos de rechazo hacia los extraños. Por otra parte, esta proximidad espacial reforzaba también formas de acceder al mundo laboral y social. La apropiación colectiva de espacios públicos, pudo también haber sido una consecuencia de esta forma abierta de organización de las sociedades domésticas. Esta cercanía barrial asomaba su rostro callejero a través de las múltiples palomillas de chiquillos y jóvenes que departían en las esquinas del barrio. En esos grupos cada pequeño

tenía un lugar y un sobrenombre de identidad particular. Yáñez recreaba algunos de los calificativos de una de estas pandillas:

Todos entendemos el chillido del pájaro clarín: cometa, himno y santo-seña de nuestra palomilla, la brava palomilla del barrio de San Juan de Dios: el Tigre, la Hiena, Cosileón y Leopardo, Viborilla y la Fiebre, Pedrito el carnicero, Jesús el del herrador, yo, Fermín que me dicen Tildio, y Alazán, el bronco, que siempre se pelea con mi hermano el Ciempiés, la Tonina, el Lobo, el Tiburón y el Puerco Espín... todos entienden el chillido del pájaro clarín: en la calle, en la escuela, en sus casas, y vienen más aprisa que si oyeran gritar a su papá. La tarde está re suave y el chillido se oye hasta el fondo mero de la vecindad (1958:101).

Por el contrario, los “nenes” de las colonias se crearon dentro de “palacetes”, rodeados de jardines previamente enrejados, en donde podían jugar seguros con sus primitos o a compañeros de clase. Yáñez (1958:105) recreaba la impresión que causaron a él y a su palomilla una “pequeñas princesas” que vivían en algunas de estas colonias recién inauguradas:

Son unas muchachas desconocidas, güeritas, limpias, como en el barrio no hay; atadas con cuetes y listones verdes, rojos, amarillos, azules; vestidas de blanco, recién planchadas con almidón; calcetines blancos y zapatos tenis...

-Ay, tú, parece que andamos en las Colonias –dice el caimán, en son de burla, pero quieto y sin moverse.

Tres, cuatro, seis, siete... son siete muchachas como en el barrio no hay... limpias, con sus calcetincitos, y atados unos bucles de colores... la mayor tendrá como doce años... y una voces, como la tarde, suaves; como el viento, ligeras; como la luz del sol. En la rueda se toman de la mano, y dan vuelta, y se sueltan, y se agachan como pajaritos, y alzan los brazos, y mueven las manos, y cantan:

Las palomitas bajan a beber agua.

Juntan sus piquitos.

Extienden sus alitas...

Así, para los niños de barrio, estas extrañas pequeñuelas se les presentaban como salidas de alguna historia de hadas. El mismo escritor añadía: “Las niñas han sacado unas sillitas y se ponen a contar cuentos. Corveando me les acerco, sin hacer ruido. La más

grandecita, güera como un ángel de la guarda, cuenta el cuento de –que era una muchachita vestida de rojo que un día fue al bosque, y se perdió y le salió el lobo...” (1958: 107).

Consideraciones finales

En suma, gracias a Yáñez pudimos darnos cuenta que en su diario devenir los chiquillos incorporaban (volvían parte de su cuerpo) el olor, el sabor, las formas y el modo de ser tapatío. Sin embargo, por su mediación también nos dimos cuenta que esta apropiación era diferente según el tipo de cuna en que le había tocado nacer a cada niño.

Si el escuincle había nacido en petate, era casi seguro que desde muy pequeño deambulaba por las calles pregonando los productos que los adultos habían elaborado en un taller artesanal. Estos chiquillos destacarían por su disposición a la vagancia y por los motes feroces con que eran reconocidos por otros “mocosos” de su barriada.

Si el niño había nacido en cama, tal vez estaría más apegado a las faldas maternas durante su primera infancia, pero apenas aprendiera a balbucear palabras y a sostenerse por su propio pie se juntaría con otros chicos de su barrio con quienes compartiría rondas, cantos y acertijos en la esquina de su cuadra. Pasaría su tiempo entre la escuela, la ayuda en los quehaceres familiares y la ociosidad callejera.

Si el nene había nacido en “cuna de oro” estaría más apegado a las naguas de su nana, quien lo llevaría a jugar al jardín más cercano con otros menores de su misma alcurnia. Recorrería la ciudad en el carruaje de sus padres, ya sea para ir al colegio, para visitar a otros primos o para comprar alguna golosina en el centro de la ciudad.

Sin embargo, es factible que en los días de asueto, los pequeños de bronce, plata y oro pudieran coincidir en algún parque o plazuela y compartieran cantos, juegos y cuentos. Los apellidos poco importaban cuando los menores jugaban, entre gritos y risas, a los encantados, las escondidas o al chocolateado. Pero al anochecer el llamado de la nana, el reclamo de la madre o hasta la reprimenda del padre acaban con esa espontánea democracia infantil. Unos retornarían a pie al cuchitril que tenían por vivienda en una apretujada vecindad de alguna apartada barriada; otros irían en tranvía a un viejo caserón en alguno de los barrios tradicionales de Guadalajara; los menos serían conducidos en carretela al *chalet* que tenían por hogar en una de las colonias de reciente creación en la ciudad.

Aunque la mayoría de ellos dormirían esperando con ansiedad el alba, para compartir los juegos y travesuras infantiles.

Referencias

Reyes, Oscar

2009 *“Imaginario, representaciones y comportamientos de la niñez en Guadalajara durante el porfiriato (1876-1911). Doctorado en Ciencias Sociales. CIESAS (Libro Digital. ISBN: 978-607-486-046-7)-.*

Rubial, Antonio

2000 “¿Historia literaria vs. historia académica?”. En Curiel, Fernando et al. *El historiador frente la historia. Historia y Literatura*. Universidad Nacional Autónoma de México (Instituto de Investigaciones Sociales/3).

Yáñez, Agustín

1958 *Flor de juegos antiguos*. Guadalajara: Ediciones del Banco Industrial de Jalisco.

1985 *Los sentidos del aire*. México: Fondo de Cultura Económica.